

LUIS MILLONES

LOS SUEÑOS DE SANTA ROSA DE LIMA

Una mirada al santoral peruano muestra de inmediato la relevancia especial de Santa Rosa de Lima (1586-1617). Las fronteras de su culto cruzan el océano en todas direcciones (desde Filipinas a Europa) y lo multiforme de sus festivales transita de reuniones cargadas de valores indígenas hasta severos ceremoniales católicos. Esta omnipresencia y adaptabilidad contrasta notablemente con lo que se sabe acerca de la virgen limeña. De la hagiografía se desprende que su corta existencia (murió a los 31 años) apenas si se apartó del espacio que va entre las actuales avenidas Tacna y Abancay, en pleno centro de la capital peruana. Quienes escribieron sobre Rosa han insistido en presentarla como el modelo de una vida ascética y de automortificación, de la que se han popularizado los milagros que acompañaron su nacimiento y primera infancia, así como aquellos que pertenecen a sus últimos años. Con especial énfasis en los prodigios que rodearon su tránsito, y aquellos que producidos más tarde siguieron conquistando devociones. La significación de estos milagros —que podríamos llamar tardíos— hay que referirla al proceso de beatificación y canonización, que se apoyó en ellos para elevar a la virgen limeña a los altares.

Por mucho tiempo nadie pareció advertir que este recuento biográfico dejaba sin información un buen trecho de la vida de Rosa. El vacío de noticias sobre su adolescencia se hizo menos perceptible cuando se publicó la más exitosa de sus hagiografías: *Vita mirabilis et mors pretiosa venerabilis sororis Rosae de Santa Maria Limensis*, escrita por el dominico alemán Leonardo Hansen en 1664, a cuatro años de ser declarada Beata y siete años antes de proclamarse su santidad. El libro alcanzó a tener dos ediciones el mismo año, en Roma. Más adelante, en el prólogo de su tercera edición romana, se mencionan tres traducciones italianas, una polaca, una flamenca, una alemana y una francesa. Los materiales en que basa su trabajo son los mismos que han estado cerca de los investigadores contemporáneos: los expedientes elevados a la Santa Sede para lograr que Rosa alcance las dignidades

mencionadas. Lo que finalmente acaeció en 1668 y 1671, bajo los papados de Clemente IX y Clemente X, respectivamente.

No son las únicas fuentes a las que pudo tener acceso el R. P. Hansen. Varias de las personas que conocieron a Rosa fueron alentadas a expandir sus respuestas en relatos de su experiencia al lado de la Santa. Entre otros testimonios son notables los de su confesor, Luis de Bilbao (1625), y de Gonzalo de la Masa (1617), protector de la virgen limeña, en cuyo hogar vivió hacia el final de su vida. Ellos, si bien tuvieron que seguir el orden impuesto por el cuestionario, escribieron páginas mucho más fluidas, en especial el contador De la Masa, que luce una caligrafía impecable y un estilo terso y agradable. Ninguno de los testimonios escapa totalmente del contexto en que fueron compuestos, ambos autores conocieron a Rosa adulta y estuvieron interesados en colaborar para que se incorporase al santoral del Virreinato. Aún así, si se leen con cuidado sus informes, pueden ofrecernos más de una perspectiva novedosa en la que no parece haber reparado el dominico. Otras fuentes tan importantes como éstas (sobre la población indígena de los valles de Lima, por ejemplo), no estaban en la mira de los hagiógrafos del s. XVII. A Hansen le preocupaba convencer al lector acerca de la santidad de Rosa; con ella en los altares limeños, América hispana tendría una bienaventurada nacida en su suelo, asumiendo el papel de mediación que para los dominicos ejercía la Virgen del Rosario.

Por lo menos un historiador contemporáneo (Vargas Ugarte, 1986) parece haberse percatado del desequilibrio cronológico de las noticias aportadas por las muchas biografías coloniales, pero esto no fue suficiente como para que se reabriese la investigación. El caso eclesiásticamente estaba sancionado; en adelante, escribir sobre Rosa tenía un valor de divulgación. Su vida, considerada ejemplar, fue entendida como parte de la actividad pastoral de la Iglesia y fue beneficiada con ediciones sucesivas de textos escritos de manera didáctica. En todos ellos se advierte la influencia de Hansen, que sirve hoy de fuente primaria a los libros que se escriben sobre la Santa.

Si establecemos un listado de episodios que se repiten en la hagiografía de Santa Rosa, y que hoy están internalizados en los católicos peruanos, tenemos:

1. El milagro de la transformación del color de su rostro en rojo encendido, lo que motivó el ser llamada Rosa, a despecho de su nombre original (Isabel).

2. Las recriminaciones de uno de sus hermanos ante el cuidado de sus cabellos, que la decidió a no volver a preocuparse por lucir bella.
3. La Confirmación en Quives por Santo Toribio de Mogrovejo, Arzobispo de Lima, en una visita pastoral accidentada por el rechazo de la población.
4. La lectura y emulación de la vida de Santa Catalina de Siena (1347-1380).
5. El uso de cilicios, disciplinas y cadenas para mortificar su cuerpo.
6. Su confinamiento en una celda construida por ella para dedicarse a la oración.
7. El uso de la corona de espinas o púas con que Rosa ciñó su cabeza.
8. El desposorio de Rosa con Jesucristo, siendo madrina la Reina de los Angeles.
9. Las apariciones milagrosas y el trato familiar con Jesucristo, la Virgen María, el Angel de la Guarda y Catalina de Siena.
10. La toma del hábito de terciaria de la orden de Santo Domingo.
11. Sus tormentos espirituales y las luchas con el demonio.
12. Su relación con la naturaleza: las plantas y animales de su huerto; el milagro de los mosquitos.
13. La protección del altar de Santo Domingo ante la posibilidad del desembarco en Lima del pirata Jacobo Clerck.
14. Sus trabajos y milagros en favor de los enfermos pobres.
15. La premonición y aprestos para su muerte. Las manifestaciones públicas que se suscitaron y la conmoción en la ciudad de Lima.
16. Nuevos milagros y apariciones que confirmaron su santidad.

Los temas mencionados pueden identificarse sin problema en cualquiera de los libros o folletos que tratan sobre la Santa. Inclusive los "comics", o "chistes" como lo llaman en el Perú, dedicados a Rosa, muestran todos o muchos de estos episodios. Nada de esto es inusitado, cualquier otro santo católico tiene un recorrido terrenal en cierta forma previsible. La situación no es muy diferente con personajes similares en otras religiones. Desde esta perspectiva, la biografía del santo o santa tiene sentido porque expresa con su vida la grandeza del Señor. Su tránsito por este valle de lágrimas es percibido como un mandato de la divinidad que lo ha elegido para manifestarse y servir de ejemplo. Bajo esta premisa, nadie se interesó en advertir las lagunas históricas en la vida de la santa limeña.

Como dijimos líneas arriba, la ausencia de datos para el período que va entre los diez (u once años) y diecisiete (o dieciocho) años de Rosa fue advertida por Vargas Ugarte, que parafraseando la bio-

grafía de Cristo la denominó "la vida oculta" de la Santa (Vargas Ugarte 1986:22-25). Lo que sí se sabe, y ninguna biografía deja de mencionar, es que en 1597 recibió el sacramento de la Confirmación, de manos de Santo Toribio de Mogrovejo, el más prominente de los muchos bienaventurados que poblaron la Lima del s. XVII. Lo interesante de este encuentro es que tuvo lugar en Quives, un pueblo indígena situado al N.E. de Lima, sobre la confluencia de los ríos Chillón y Arahua, en el kilómetro 64 de la carretera que va de la capital del Perú a la ciudad de Canta, a unos 1.040 metros sobre el nivel del mar.

El sitio es hoy día un lugar de recreo, donde se levanta un albergue para turistas. La población local es magra, unos 600 habitantes, si creemos a un censo local levantado en 1986. Al lado del hotel se ha erigido un espacio cercado que contiene los monumentos que enorgullecen a todo el valle del Chillón: la ermita donde oraba Rosa y la capilla en que fue confirmada. Se trata de dos reconstrucciones recientes, largamente esperadas. El inicio de las obras se anunció varias veces, especialmente durante el gobierno del Presidente Leguía. Finalmente se comenzó a trabajar en los años 60, bajo la presión directa del párroco local, que tomó como base los restos de antiguas edificaciones, aunque nada asegura que el resultado pueda resistir un análisis histórico o arqueológico.

Gaspar Flores y María de Oliva llegaron a Quives en una fecha no precisada, uno o dos años antes que su hija fuese confirmada. La mudanza desde Lima fue obligada; don Gaspar había conseguido trabajo como encargado de un obraje minero. La zona fue y sigue siendo productora de plata aunque sus vetas son pequeñas y más bien superficiales. La mina que administraba Flores estaba mil metros más arriba, en un poblado que también lleva el nombre de Arahua. El mineral, una vez extraído, debió ser acarreado a Quives para que se le moliese y tratase con mercurio de acuerdo a un procedimiento no muy diferente del que todavía se practica en las minas de los alrededores. De la actividad del obraje queda como testimonio una enorme rueda de piedra, depositada en el espacio que hoy está cercado por la iglesia. Su empleo más evidente fue para moler los trozos de roca extraídos en Arahua. Los trabajadores pudieron ser de las etnias de Canta, Collique o Guancayo (homónimo del pueblo en valle del Mantaro), pero la mayoría provino seguramente del propio Quibi, poseedores de la tierra en que se había levantado el obraje. Obviamente el topónimo moderno es una alteración del nombre indígena. Como administrador de una mina, al padre de Rosa le tocaba vigilar que contase con el personal adecuado para su explotación, lo que significaba un número

suficiente de indígenas reclutados por los distintos sistemas de trabajo compulsivo o bien, enganchados por sueldos mínimos. También tenía que controlar que el procesamiento del mineral se llevase a cabo con la menor pérdida posible de plata, y al mismo tiempo estar alerta para que ni trabajadores ni empleados pudiesen robar pedazos de mineral. Dado que le tocaba representar los intereses de los dueños de la empresa, debió emplear muchas horas en contabilizar cuidadosamente la plata extraída para hacer de la mina una inversión rentable, aun descontando los impuestos a la Corona. La exigencia mayor recayó naturalmente sobre los mineros, de cuyo esfuerzo y peligros (el minero colonial arriesgaba la vida cada vez que entraba a un socavón) dependía la posibilidad de ampliar el margen de ganancia. A Gaspar este empleo no lo sacó de pobre; cuando regresaron a Lima, siendo él más viejo y con serios achaques, vivió sostenido por el trabajo de costura y labores manuales de su mujer e hijas. De acuerdo con una fuente tardía (Bermúdez 1827:74), las desgracias familiares habrían sido aún más graves: una hermana mayor de Rosa, a la que llaman Bernardita, habría muerto en Quives. Su ascenso al cielo, del que dio testimonio la santa, presume el autor, debió haber atenuado el dolor de la pérdida.

Sin excepciones, los hagiógrafos no recuerdan con agrado al pueblo de Quives, siguiendo a Hansen (1895:22), lo confunden con Canta (dos mil metros más arriba) y hablan de un lugar inhóspito, de frío insoportable y con clima tormentoso. La realidad es que tal descripción no tiene nada que hacer con Quives (ni siquiera con Canta), cuyo clima placentero lo hace ideal para el descanso de los limeños, si bien los últimos años la presumible presencia de guerrilleros ha hecho huir a los visitantes.

A Rosa se le menciona como persona ajena a las tareas de su padre y se explica en parte por haber estado padeciendo de una enfermedad que la confinó en cama durante cierto tiempo, con las piernas paralizadas. Su madre, utilizando una receta local, acudió a curarla, cubriendo sus miembros con "pieles de buitre", que a la postre no hicieron sino agregar males a la futura santa, que sufrió sin quejarse las ampollas y heridas que le produjeron tan desusado abrigo. El episodio es repetido en casi todas las biografías de la santa (Véase, por ejemplo: Hansen 1895:22; Meléndez 1681:336). Pero una fuente más temprana nos dice que a pesar de este inconveniente y de la reticencia de Rosa para involucrarse con asociados y amigos de los Flores-Oliva, a su madre le pareció importante que tomase contacto con los negocios familiares, y es así como: "Llevóla consigo... un día a la oficina en que se labraban los metales de plata, retiróse Rosa y preguntándole si

no le movía la curiosidad, respondió que no, que de los minerales se sacaba muy escasamente el oro de la virtud... Madre, dijo, estos son bienes mentirosos, tienen muchos achaques, y es la moneda que el mundo ofrece para perdernos; los del espíritu son los verdaderos, y en la voluntad nuestra tienen asegurada la duración, pues los tenemos siempre que queremos tenerlos" (González de Acuña 1671:43-44).

Cabría decir que si detectamos una cierta animosidad hagiográfica contra Quives, no es gratuita, los párrocos encargados de evangelizar a sus habitantes se encontraron con un rechazo contundente. Tanto es así que cuando llegó Toribio de Mogrovejo apenas pudo confirmar a tres niños (entre ellos a Rosa), el resto de ellos, a instancias de sus padres, persiguió al Arzobispo con insultos y amenazas de agresión, lo que valió para que el futuro santo maldijese el lugar (Hansen 1895: 493-494).

La explicación de situaciones como ésta no se agotan en la justa indignación contra la explotación europea. Un siglo atrás, antes de la llegada de Pizarro, los quibis mantenían un difícil equilibrio entre los cantas y los colliques, grupos étnicos que poblaban las alturas (Canta) y la costa (Collique), y que codiciaban la región *chaupi yunga* en la que se asentaban sus tierras. En momentos antes del contacto, los quibis cultivaban una variedad de coca (*Erythroxylon novagranatense* var. *truxillense*) muy apreciada por sus vecinos y por los incas del Cuzco, quienes usando como aliados a los vecinos yauyos tomaron la región y consiguieron el acceso a la planta. Para los quibis esta intromisión rompió el delicado equilibrio de concesiones y ventajas a que les daba lugar su estratégica ubicación. Su descontento se debió manifestar en algún ritual agresivo o señal de desacato, que los incas interpretaron como intento de envenenar a su Señor. El curaca de Quibi fue ejecutado por ello y el pueblo adquirió la fama de conocer estas oscuras artes, que lo siguió hasta la Colonia (Rostworowski 1988:183; Palma 1950:III, 138).

¿Cuántos años vivió Rosa en Quives? Los hagiógrafos hablan de cuatro, tomando como punto de partida la confirmación de Rosa y como fin una serie de catástrofes naturales que darían razón a Mogrovejo cuando maldijo a Quives. Pero todavía no encontramos el registro documental de la fecha del viaje de los Flores-Oliva, ni de los supuestos cataclismos que habrían obligado a cerrar las minas. Una fecha segura de su nueva residencia en Lima es 1605, cuando Francisco de Saldaña, uno de sus benefactores, de acuerdo con María de Oliva y su confesor, procuró el ingreso de Rosa al Monasterio de Santa Clara, que finalmente no se concretó. En todo caso, para los efectos de nuestro

argumento, la Santa tenía ya 19 años. Con cualquiera de los cálculos que sigamos, lo cierto es que habría pasado su adolescencia en Quives.

En adelante su vida se hace conocida y los episodios a que nos hemos referido se suceden (y repiten) en sus biografías. En esta oportunidad nos interesa su matrimonio con Jesús y su muerte, a los que hemos numerado como episodios 8 y 15. Comenzaremos con su boda. Hubo dos momentos en que se asegura que Cristo pidió su mano, uno muy difundido, y otro referido a los sueños que son materia de este trabajo. Empezaremos con la versión más divulgada. Nos cuenta Gonzalo de la Masa que un Domingo de Ramos asistió Rosa al templo de Santo Domingo para el tradicional reparto de hojas de palma, con tan mala suerte que no alcanzó ninguna. Acudió Rosa a calmar su pena a la Virgen del Rosario y quedó confortada por lo que le pareció un cambio de expresión en el rostro de la imagen. De pronto el Niño que estaba en brazos de María le dijo: "Rosa de mi corazón, sé mi esposa" (Masa 1617:folio 410v.). La Santa, inmediatamente después de aceptar la divina proposición, mandó hacer un anillo con la ayuda de su hermano Hernando, y unos días más tarde concurrió a la misa de Pascua de Resurrección con María de Uzátegui, esposa del contador De la Masa. Luego de la Comunión y acabada la misa, el R. P. Alonso Velázquez, no sin poner reparos a tan extraña ceremonia, consintió en colocar el aro a Rosa, del que no se separó hasta sus últimos días.

De la Masa no menciona otros testigos, resulta sintomática la ausencia del R. P. Juan de Lorenzana, mentor espiritual de la Santa que se excusó a última hora. Demasiados beatos, demasiados místicos, demasiados heréticos, ha podido ser la reflexión de tan ilustrado sacerdote. Al fin y al cabo, la Santa Inquisición no estaba lejos y Lorenzana era calificador del Santo Oficio (Sánchez de Acuña 1671:168).

La otra oportunidad en que se menciona el matrimonio es cuando Rosa narra uno de sus sueños: "...le pareció se auia desposado con un cantero y que le auia dho que labrase unas piedras que le mostro y se exercitase en eso de allí en adelante y no cuydasse de sus padres que El cuydaria de lo que ubiesse menester y que se ausento El Esposo y que al cavo de tpo auia buuelto y preguntandole que que piedras auia labrado y viendo que era poco lo que auia hecho le dijo porque entendays que no soys vos sola la que labrais estas piedras veni y la auia llevado a una pieza en casa de sus padres aunque El sueño auia sido en la deste to. (Gonzalo de la Masa) abriendo la puerta del dho aposento auia Visto en El grandisimo numero de donzellas con bestidos y aderecos muy preciosos que estaban labrando piedras con picos e instrumentos y que para que se ablandassen las regaban y Vañaban

con lagrimas y anssi tenian de una parte de El dho aposento grande numero de piedras labradas maravillosamente y que como auia rreparado en esto y en lo poco que ella auia Hecho y questo le cuydo. auiendo estado hasta en esta ocasion con su auito blanco se miro y Hallo con Un bestido muy rrico y precioso como las demas donzellas y que estando anssi se auia acabado El sueño" (Masa, 1617: folio 411).

No es ésta la única oportunidad que tuvo Santa Rosa de alternar cercanamente con el objeto de sus amores: las visiones se hicieron frecuentes en la última etapa de su existencia, de la que tenemos mejores testimonios escritos. El que acabamos de ofrecer contó además con una interpretación eclesiásticamente sancionada, que fuera formulada por el R. P. Antonio González de Acuña, y publicada el año mismo en que la limeña fue convertida en Santa. A González le pareció el texto tan importante que le dedicó el capítulo XVI de su libro, al que tituló: "Aparece Cristo en forma de cantero a la Bienaventurada Rosa, éligela por esposa, mandole deje las obras de la vida activa, y que se entregue toda a las de contemplación". El encuentro con la divinidad se sitúa en el lugar habitual de sus rezos: "Estaba en su jardín elevado el entendimiento en la oración, arrebatada en éxtasis vió a Cristo con hermosura grande de varón perfecto, pareciole que el traje era de cantero... Intelectualmente se le representó que la solicitaba desposarse de ella. Todas las almas, que están en gracia, se desposan por fe y caridad con Cristo; pero con nuestra Santa quiso celebrar las exterioridades nupciales, comunicole afectos y gozos, que ni podrá explicar, ni desearse en esta vida de mayor felicidad. Causaban el efecto de inseparable concordia entre ambas voluntades. Pidiole Cristo el consentimiento alegre: humilde se lo dió la Rosa con palabra de perpetua fe. Aceptola Cristo, y para que entendiese que es naturaleza del matrimonio la semejanza, mandó la entrase al oficio de cantera, ofreciole piedras que labrase en su ausencia dando a entender sería breve". Sigue a continuación el texto que ya hemos referido, que el autor matiza así: "Volvió el celestial cantero, y no habiendo perfeccionado la obra, la recibió la esposa Virgen si alegre, avergonzada y confusa. Disculpose con la brevedad del tiempo, alegando a favor de sus parientes (i.e. padres) haberlo gastado en lo que podía conducir al remedio de su necesidad. No dejó de proponer con modestia ser el oficio extraño a las mujeres, y como connatural a estas obras su fragilidad". Según González de Acuña, Cristo respondió a este reparo diciendo: "Rosa labra piedras para mí, enternécelas con lágrimas, no te ocupes tanto en cuidar a tus padres, que a mi cuido (cuidado) están. Quedó enseñada y advertida la Santa, de lo que eran las que traba-

jaban, que el labrar piedras, era el ejercicio de las virtudes en las cosas arduas; que el agua fuerte que las enternecía, sólo era de lágrimas, que quien las derrama merece los atavíos y trajes más preciosos, que la voluntad de Dios era, que toda se diese a la contemplación. Dejó cuidados ajenos, de si sola cuidó fiando de Dios que es verdadero padre que le tendrá en los suyos" (1671:204-210).

Volveremos sobre este sueño una vez presentado el segundo, con el que tiene una directa relación. De la Masa sitúa el primero en 1615, fecha en que observó a Rosa ya muy enferma y con poca capacidad de apoyar a sus padres con sus labores de costura, en la que tenía una leal clientela (Masa, 1617:folio 411v.). Días antes de su muerte Rosa reveló su segundo sueño a la esposa del contador. La Santa lo consideró como "revelación y visión admirable": "Ví una muy grande luz que parecía una cossa ynfinita y en medio de ella un arco muy lindo y muy grande de muchas y muy variadas pinturas y sobre aquel otro tan lindo y hermoso como El primero y sobre El un segundo arco vide una cruz donde JesuXpo fue crucificado y Luego vide a Ntro. Sor. JesuXpo debajo del primer arco con tanta grandeza y con tanta magd. y con tanta Hermosura que no lo puedo ni se explicar y videle rostro a rostro muy grande rrato y fue su divina magd. servido de darme fuersas para estarle mirando mucho tpo. rostro a rostro todo entero de pies a caueca y desde su rostro y cuerpo me venian a mi anima Y a mi cuerpo Unos Rayos y llamaradas de gloria que Ya pense q' auia acauado con este mundo y que estaua en la misma gloria y despues desto vide que tomo JesuXpo un peso y unas balancas y vinieron mucho numero de anxeles muy hermosos y muy lindos y se le arrodillaron y reverenciaron y tras esto vinieron mucho numero de animas y luego comencaron los angeles a pessar y medir en las balancas trauajos y mas trabaxos= Y luego vide que no se fiava JesuXpo de los anxeles y tomo El pesso y las balancas en su propia mano y repartio trabajos y mas trabajos a las animas y vide tambien que me rrepartio a mi Un muy grande trauaxo= Pasado esto vide que torno JesuXpo a tomar El pesso y las balancas con su mano y comencaron los angeles a passar en las Balancas gracia y mas gracia y vide que JesuXpo no se fiava de los angeles y tomo El pesso con su propia mano y rrepartio a las animas gracia y mas gracia y vide que me rrepartia a mi mucha gracia y mas gracia y que las animas estauan tan llenas de gracia que rrevocauan la gracia por la boca y los oydos y que a mi me Reuocaua y que no me cauia la gracia= Y declarome JesuXpo Y me dijo sepan todos que tras los trauajos viene la gracia Y que sin trauaxos no ay gracia Y que aviendo gracia es menester muchos trauajos para que se

aumte. la gracia y desengañense todos que esta es la escala del cielo y no hay otra ninguna" (Masa, 1617:folios 411v.-412).

González de Acuña comentó la visión de la siguiente manera: "Causó tan ardiente celo en la Santa, que quería salir por las plazas y calles dando voces para que pudiesen entendido todos que son los trabajos precio necesario para alcanzar la gracia y que el no padecerlos en esta vida es el mayor de los males, no la quiere eterna el que procura excusarlos, la corona se merece después de la batalla, así lo entendió el cristiano orador cuando dice doliéndose de si mismo, que la voluntad libre, es causa de nuestros pecados, la tierra de que constamos es la posesión de las malezas, pero no nacen de su fertilidad, sino de su ocio" (1671:289).

ALGUNAS REFLEXIONES INTERPRETATIVAS

De lo escrito se pueden inferir muchas razones que explican la reticencia que se observa al tratar sus años en Quives. Los estudios modernos, salvo en un caso de mucho mérito (Zevallos, 1988), calificaron ese período de su vida con los estereotipos recibidos desde el s. XVII. La devaluación de esta experiencia va marcada por las dificultades de la evangelización de la zona, lo que incluye la humillación del Arzobispo Mogrovejo, y la falta de información sobre el río Chillón y sus afluentes. Hay también otro género de dificultades conceptuales que tienen que hacer con la percepción de la niñez y de la adolescencia, que finalmente los hagiógrafos prefieren racionalizar equiparando esa etapa de su vida a los años oscuros de la biografía de Cristo. Inmovilizar a Rosa con una enfermedad y apartarla de todo contacto con el inevitable mundo del obraje en que moraba, ha debido ser un deseo proyectado al pasado, tan irreal como el clima que se atribuye a Quives. Felizmente van apareciendo nuevas documentaciones que, desde otras perspectivas, dan luces sobre el conflictivo mundo de la sociedad indígena en las alturas del departamento de Lima (Rostworowski, 1978, 1988).

La vida familiar de Rosa no parece diferente de la que pudieron tener los migrantes españoles tardíos, aquellos que llegaron cuando el sueño de El Dorado se empezaba a evaporar. Arcabucero de origen y con un modesto nombramiento, don Gaspar debió probar muchos oficios para sustentar a su larga prole de once hijos. Al viajar al valle del Chillón no hacía sino insertarse, con las limitaciones del caso, en lo más atrayente del circuito comercial que dominaba la vida econó-

mica de la Colonia. Definido el valor de la plata como eje del mundo europeo y sus áreas de influencia, el auge de Potosí y Oruro convirtieron a esa región en uno de los polos del espacio productivo que se complementaba con el eje administrativo y comercial que era Lima. En este contexto y con su cercanía a la capital, las minas del Chillón, aunque de vetas cortas e inmensamente menos importantes, se convirtieron en un recurso nada despreciable. Los costos se abarataban, además, por el ahorro en el transporte que se realizaba sin mucho problema entre la capital y Quives. Más complicado debió ser bajar los minerales de Arahuañay; hasta hoy la carretera se detiene en el santuario, el tramo que sube es bastante primitivo.

Pasemos ahora a comentar los sueños. Es visible que, en ambos casos, cuando Rosa enfrenta situaciones trascendentales de su adultez, las imágenes reprocessadas del obraje de su padre parecieron ser la forma en que expresa su experiencia mística. Sueña que está casada con un cantero, es decir, con un trabajador que desbasta y afina bloques de piedra. Nótese que no es él quien trabaja, pero ordena a su nueva cónyuge que lo haga por él. Rosa no cumple, en parte porque no le parece que sea labor propia de su sexo, y explica entonces a Cristo que debe emplear su tiempo en mantener a sus padres. Recordemos que esto sucedía cuando en la vida real a la Santa se le hacía cada vez más penoso cumplir con sus tareas en contribución al presupuesto familiar. Como se dijo líneas arriba, De la Masa aseguraba que la joven apenas si resistía las enfermedades y dolencias que la aquejaban y que eran producto innegable de su voluntad de ayuda a los demás y del constante automartirio al que sometió su cuerpo. Cuando retorna Jesús y constata que Rosa apenas si ha empezado a labrar las piedras, le muestra a las otras servidoras-esposas que trabajaban con "picos e instrumentos" (que a ella no le podían ser desconocidos) y con "lágrimas". Allí el Señor la releva del cuidado de sus padres y la viste (quizás podríamos decir que formalmente se desposa con ella) como a las otras doncellas. El relato, consignado por De la Masa, no dice más. González de Acuña interpreta la labor con las piedras como "el ejercicio de las virtudes en las cosas arduas" y las ropas como premio al llanto derramado. La escena, que como dice explícitamente el contador, tiene lugar "en casa de sus padres" y trae claras resonancias del obraje de Quives, donde los indígenas fragmentaban el mineral con la fuerza de sus brazos, para procesarlo a través de fuego intenso y del mercurio. Una consideración psicoanalítica sobre el tema abundaría con respecto a la imagen paterna y el papel del cantero-esposo. Pero ese no es el objeto del presente trabajo.

Días antes de su muerte Rosa tuvo otra visión, que González de Acuña fecha el 31 de julio de 1617 (1671:286). Desde su lecho la Santa narró lo que también se suele calificar como sueño. Como vimos líneas arriba, se trata de una descripción de su encuentro con Jesucristo, y al mismo tiempo un anticipo de sus justas aspiraciones de alcanzar el reino de los cielos. Ella misma, en el límite de sus enfermedades, dice: "pensé que había acabado con este mundo y que estaba en la misma gloria". Ve dos arcos contenidos uno dentro de otro y dos figuras de Cristo, en una está crucificado sobre el arco exterior, y la otra, de apariencia humana, aparece de pie dentro del arco interior. Los límites de este artículo no permiten un análisis de este complejo de primeras imágenes que debiera hacerse a la luz de los místicos españoles de la época. Recuérdese que Rosa era lectora de fray Luis de Granada y que sus confesores y maestros le mencionaron muchas veces a Teresa de Avila, sin olvidar la influencia ejercida por la lectura de las vidas piadosas de Catalina de Siena y Rosa de Viterbo. De regreso al sueño, la Santa y "las otras ánimas" reciben allí la gracia de Dios en forma de "rayos y llamaradas"; el volumen de lo ofrecido es tal que no puede ser contenido por sus formas corporales. La descripción de la "gracia" rebosando por boca y oídos es particularmente gráfica.

Otro núcleo de interés que produce este relato es el que se refiere a la imagen del propio Cristo. A lo largo de los testimonios más tempranos es frecuente que la Santa se encuentre y dialogue con Jesús, las apariciones, sin embargo, suelen mostrar a la divinidad en forma de niño o de talla de un infante, salvo el caso específico del sueño anterior. Más aún, muchas de las conversaciones de Rosa se llevaron a cabo con la imagen del Niño cargado por la Virgen del Rosario, incluyendo aquella oportunidad en que le pide ser su esposa. Este sueño presenta la rara circunstancia en que ella tiene el beneficio de su mirada "de rostro a rostro" y la posibilidad de contemplar a Cristo de cuerpo entero.

Pero en este trabajo nos interesa llamar la atención, otra vez, sobre el escenario en que se suceden los hechos. Allí, donde a continuación "unos ángeles muy hermosos" *pesan y miden* los méritos de Rosa y las otras ánimas presentes. Todos están en el trance de ser evaluados y recibirán tanta gracia como obras cristianas hayan llevado a cabo en su vida terrenal. O para decirlo con las palabras de Cristo "tras los trabajos viene la gracia y que sin trabajos no hay gracia... esta es la escala del cielo y no hay otra ninguna". El Señor no se fía de la labor de sus ayudantes y controla personalmente las equivalen-

cias con celo administrativo para asegurar la justicia de los premios que ofrece. Finalmente concluye con la frase que acabamos de citar textualmente.

Un siglo atrás el joven Martín Lutero había clavado las noventa y cinco tesis que trastornaron el mapa político de Europa y terminaron con la hegemonía del Papado sobre el cristianismo. Las discrepancias ideológicas con la Reforma se hicieron cada vez más concretas y se establecieron las diferencias doctrinarias que hoy son conocidas. Hacia la muerte de Rosa, la polémica entre católicos y protestantes ocupaba el centro del debate político-religioso. No es extraño que el Jesucristo soñado por la Santa exprese de manera tajante su posición frente al énfasis en la fe proclamada por los ideólogos de la Reforma. El "peca fuerte pero cree fuerte" era un anatema frente al que había que estar vitalmente preparado, y la visión de Rosa refleja el impacto de una prédica que debió escuchar muchas veces. El mensaje es claro y en cierta forma previsible, lo interesante es que se ubiquen mediciones y milagros en lo que parece ser la recreación del obraje de don Gaspar. El rechazo que en su oportunidad mostrara Rosa por el oficio de su padre se reivindica ahora, cuando en lugar de mineral y amalgama se cuantifican las obras de los hombres y la gracia del Señor.

La profusión de santos en el s. XVII peruano, y el correlato de tal situación con las campañas de extirpación de idolatrías, exigen una serie de estudios monográficos que preparen una explicación que relacione las muchas aristas de un vasto proceso desconocido. Las investigaciones que avizoramos encontrarán dificultades de diversa índole, entre ellas el manejo importante y complejo de las hagiografías. Esta es una documentación que se propone a sí misma como cerrada y completa, en tanto que los hechos que narra se ajustan a paradigmas de fe. Dispuestas de esta manera, a las acciones de los hombres les basta ceñirse a un patrón de santidad más o menos prefijado. Si esto es así, al igual que otras vidas gloriosas, alcanzarán la eterna bienaventuranza.

El presente trabajo llama la atención sobre un caso específico. en el que la vida de una Santa, reconstruida muchas veces a partir de los expedientes de su beatificación y canonización, ignoró lo que pudo ser el período formativo más importante de su personalidad. Sus hagiógrafos, aun cuando tropezaron con el vacío cronológico, desestimaron los hechos, que en su tiempo pudieron ser de fácil comprobación, y al mirar con poca simpatía a Quives ideologizaron el transcurso de una etapa y la realidad de un espacio físico. Desde esta perspectiva se hizo abstracción del entorno económico y las vivencias culturales

que condicionaron las peripecias de la familia Flores-Oliva. Irónicamente, pudo ser esto lo que dio a la Santa la experiencia vital y las preocupaciones específicas por redimir la enfermedad y la miseria de los que creían en ella.

BIBLIOGRAFÍA

1. DOCUMENTOS Y PUBLICACIONES PREVIAS A SU CANONIZACION

- Bilbao, Luis: *Sermón de la fe, en el solene y general auto, que su Tribunal Santo celebró en la ciudad de Lima.* (No se menciona editor). Lima, 1625.
- González de Acuña, Antonio: *Rosa mística, vida y muerte de Santa Rosa de Santa María Virgen, de la tercera orden de Santo Domingo...* Nicolás Angel Tinas. Roma, 1671.
- Hansen, Leonardvm: *Vita mirabilis et mors pretiosa venerabilis sororis Rosae de Sa. Marie Limensis.* Typis Nicolò Angeli. Roma, 1664.
- Hansen, Leonardo: *Vida admirable de Santa Rosa de Lima, Patrona del Nuevo Mundo.* Traducción de Jacinto Parra. Tipografía de "El Santísimo Rosario". Lima, (1664) 1895.
- Masa, Gonzalo de la: *Declaración de... Proceso de beatificación y canonización de Santa Rosa de Lima.* Año de 1630. Tomo I, folios 411-412. Archivo Arzobispal. Lima, 1617.

2. DOCUMENTOS Y PUBLICACIONES POSTERIORES A SU CANONIZACION

- Bermúdez, José Manuel: *Vida de la gloriosa virgen dominicana Santa Rosa de Santa María.* Librería Benito Gil. Lima, 1869.
- Meléndez, Juan: *Tesoros verdaderos de las Indias en la historia de la gran provincia de San Juan Bautista del Perú.* Imprenta de Nicolás Angel Tinasso. Roma, 1681.
- Millones, Luis: *Entre Quives y Arahuary, los años oscuros de Santa Rosa de Lima.* En prensa.
- Millones, Luis: *En busca de Santa Rosa: reflexiones en torno a una biografía duradera.* En prensa.
- Palma, Ricardo: *Tradiciones Peruanas.* Editorial "Castrillón Silva" S.A. Madrid, 1950.
- Rostworowski, María: *Señoríos indígenas de Lima y Canta.* Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1978.
- Rostworowski, María: *Conflicts over Coca Fields in XVIIth Century, Peru.* Memoirs of the Museum of Anthropology, N° 21. University of Michigan. Ann Arbor, 1988.